

Después hizo un esfuerzo sobre sí mismo, recobró su sangre fría y entró.

### XVIII

#### El verdadero juez.

Máximo Saint-Aubin se había equivocado. El solitario de la Torre Blanca había recibido la carta de Olimpia.

Pero los carteros llegaron muy tarde al fondo de ciertas campiñas.

La Torre Blanca es una de ellas.

El viejo barón vivía allí como un hermitaño, en compañía de un criado que no había querido abandonarle.

Se hubiera considerado feliz si no hubiera estado constantemente asaltado por uno de esos terrores que no se pueden dominar.

La existencia misteriosa de su hijo, su riqueza, más aparente que real, y su espantoso lujo.

Esperaba á cada momento cualquier catástrofe, y lo que sobre todo temía no era el naufragio de sus esplendores, que él despreciaba, sino el honor de su nombre.

En el momento en que el peatón entró en su casa estaba, á pesar de su edad, ocupado en cultivar su huerta, como un simple jornalero.

Aquella huerta constituía el más seguro de sus recursos.

Grande y cercada por paredes, con árboles frutales y legumbres que la cerca preservaba de los vientos, era bastante productiva, gracias al mucho trabajo del amo y del criado.

El anciano tembló al tocar el sobre de aquella carta, cuya letra le era desconocida, y que venía de París.

Presentía que era portadora de una mala noticia.

Cuando la abrió experimentó una emoción tan fuerte, que su criado le preguntó:

—¿Qué tenéis?

El pobre señor no podía decirlo.

Un temblor convulsivo le agitaba.

Lo que en la carta le decían superaba á sus previsiones más sombrías.

No era solamente, como él había temido, que su hijo se hubiese entregado á maniobras indignas de un hombre honrado para procurarse el maldito oro que tanto había ambicionado toda su vida.

Su hijo era un falsificador y un...

¡Jamás se hubiera resignado el anciano á pronunciar esta palabra!

Y entonces vió su apellido lanzado por las mil voces de la prensa á todos los ecos del país, ajado para siempre, arrastrado por el fango.

Un velo pasó por delante de sus ojos.

Estuvo á punto de caer al suelo.

Pero su buena sangre de auvernés recobró bien pronto su curso tranquilo y tuvo la fuerza de afrontar aquella terrible situación, buscando medios de salir de ella salvando lo que se podía todavía de aquel honor que le interesaba por encima de todo.

Y, dirigiéndose á su criado. ó más bien su compañero y su amigo, porque desde hacía mucho tiempo no podía pagarle sus salarios.

—Jerónimo —le dijo.

—Señor barón.



—¿Tienes algún dinero?

—Sí, señor, aunque poco...

—Dámelo.

El buen hombre no se lo hizo repetir.

Subió á su cuarto y bajó con las economías.

No tenía más que diez francos.

El amo tenía doble.

Cuando el tesoro común estuvo en sus manos, el anciano le miró con angustia.

No había bastante para hacer el viaje á Paris.

Y, sin embargo, no había un minuto que perder.

¿Qué hacer?

La Torre Blanca estaba completamente aislada.

Los vecinos más cercanos están á diez kilómetros, aquellos al menos á quienes podía pedir cuarenta ó cincuenta francos, en la seguridad que se los darían.

Y como el criado veía el apuro de su amo, insinuó:

—Vuestro amigo el comandante.

Este era el supremo recurso.

El comandante era el fiel amigo del anciano. Era un oficial retirado que vivía cerca de la iglesia de Aubignac.

Podía contar con él con seguridad.

Jamás había recurrido á nadie el barón.

Su criado y él vivían con los productos de la huerta, que ellos mismos trabajaban. y con la pesca y la caza que se proporcionaban.

Se hubiera contentado con comer pan solo antes de pedir nada á un amigo.

Pero la ocasión era solemne.

—Tienes razón—dijo.

Subió á su cuarto, se puso lo mejor de su vestuario, y cuando bajó llevaba en una mano un saquito de viaje y en la otra un bastón con el puño de plata.

—Adiós, Jerónimo,—dijo.

—¿Estará mucho tiempo ausente el señor barón?

—No creo. Dos ó tres días lo más.

—¿El señor barón va?...

—A casa de Guerinat primero y de allí á Paris.

El buen hombre no preguntó más.

Era inútil pedirle noticias.

Eran desastrosas.

La cara de su amo lo decía bien.

—Cuida bien todo—dijo el barón.

Todo era la huerta, una docena de gallinas, los pichones, los conejos y dos ó tres campos donde se recogía todos los años la provisión de grano, patatas y forraje necesarios á la Torre Blanca, para los animales y las gentes de la pequeña comunidad.

Y salió con paso seguro, á pesar de sus setenta años, en dirección del camino de hierro que debía conducirle, primero á Rion, desde donde iría á Aubignac, á fin de ver á su amigo el comandante, y de allí á Paris.

No hacía más que dos horas que había llegado, cuando el barón Máximo entró en su casa.

Al aspecto del anciano sintió una opresión de corazón, pero estaba prevenido.

Se rehizo.

Se inclinó sin pronunciar una palabra.

El viejo hidalgo frunció las cejas y dijo:



—Soy yó; soy tan pobre que he tenido que pedir á un amigo el dinero para mi viaje, pero mi pobreza hubiera sido ligera sino hubiera tenido miedo de oír hablar de tí... Lo que yo temía ha sucedido.

Máximo recobró su serenidad.

—Se—dijo,—que os han escrito.

El barón dió un paso hacia él.

—¿Te atreverás á pretender que han mentido al acusarte?—exclamó.

La mirada del padre era tan amenazadora, que el hijo no se atrevió á contestar.

El anciano repuso.

—Hubiera querido dudar, pero desde la primera palabra de la carta, comprendí que era imposible.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿De modo que primero has sido falsificador, y te has convertido después en asesino? ¡Miserable!

—¡Padre mío!

—¿Tienes al menos una excusa? ¿Qué puedes decir en tu defensa? Nacido en una casa honrada, educado por una madre, y me atrevo á decirlo, por un padre leal y sin reproche, si no te has criado en la opulencia, nada te faltó nunca, tuviste siempre lo necesario; de modo que no conociste nunca las excitaciones de la miseria ni la de los malos ejemplos... ¡Y he ahí adonde has llegado! ¿Por qué?

—Por seguir la ocurrencia que nos arrastra en este París, adonde mi mal genio me conduce, como conduce á otros muchos. Por gozar de los placeres, que nos tientan, del lujo que nos deslumbra; por apoderarme de las riquezas, sin las cuales no es uno más que un esclavo

vo ó un paria. He querido vivir, en una palabra, como viven los ricos, ¡y para ello he arriesgado todo!

—¿Aun tu honor?

—¡Es verdad!

—¿Aun la libertad?

—¡Tal vez!

—Tus excusas no valen; si son buenas para tí, yo no las admito, y he aquí lo que vengo á decirte.

— Hablad.

—¡Si á tí no te importa ese honor que has sacrificado á viles apetitos, á necesidades de lujo y de vicios, yo quiero que mi apellido, que proviene de mi padre y que tú llevas por desgracia, quede intacto, ó que al menos, si es posible, se evite la suprema mancha que echarían sobre él el juicio de los hombres y la mano del verdugo! ¡Responde! ¿Has cometido, sí ó no, los crímenes de que te acusan? ¿Eres un falsificador?

—¿Pero?...

—¡Responde!

—Sí.

—¿Un asesino?

—Sí.

—¡Desgraciado!

El anciano sacó una pistola del bolsillo y se la presentó á su hijo, diciéndole:

—¿Sabes lo que te queda que hacer?

Máximo rechazó lo mano de su padre.

—Sí, pero es inútil—dijo con voz alterada.

—¿Serás un cobarde?

Imposible describir la mirada terrible que el barón acompañó á esta pregunta.

—No lo temáis.



—¿Entonces?...

—No necesito arma.

Se encogió de hombros.

—Siempre he previsto que podía perder en la partida que he jugado. Estad tranquilo. No quereis que sobre vuestro apellido caiga la mancha de una sentencia... No caerá—añadió con una dignidad que conmovió al anciano.—Desgraciadamente, padre mio, esa es la única satisfacción que puedo daros. Me había precipitado en una pendiente fatal... Me creía fuerte y me he dejado arrastrar. He caído en el abismo. A estas horas la desgracia es completa. Hay gentes que vigilan de día y de noche esta casa... Dentro de algunos minutos pueden entrar... He previsto todo... Guardad ese arma, os lo repito. Tengo yo las mias más silenciosas y más seguras.

Enseñó á su padre un pomito de plata sobredorada diciéndole:

—Una gota de este licor hará que muera como herido por un rayo; de modo que no temais nada. Y ahora, padre mio, dejadme; volved á vuestro retiro. ¡Vuestro deseo será cumplido! No me cojerán vivo... ¡Os lo juro por la memoria de mi madre! Pero si por casualidad me queda una probabilidad de salvación, una sola, dejadme aprovecharla, disfrutar mi vida, desaparecer, ir lejos, rehabilitarme, rescatar un horrible pasado por una existencia de trabajo ignorado y quién sabe... Vos sois mi padre; me habeis juzgado... Sereis obedecido.

—¿Cumplirás tu palabra?

—¡Os lo juro!

—¡Adios, pues!

—¡Adios!

El anciano salió sin volver la cabeza hacia atrás.

El baron oyó los pasos del anciano que se alejaba, el ruido que hizo la puerta al cerrarse y entonces llamó á su fiel Piriac.

Subió con rapidez febril á su habitación, cambió de traje y dirigió una mirada al jardín de su vecina.

En aquel instante supremo solo ella podía salvarle.

Desde hacía pocos momentos esta idea había venido á su imaginación.

La señora [Chagny se paseaba por su parterre.

El barón escribió algunas líneas y dijo á Piriac, indicando á su vecina:

—Lleva esto á su destino.

Le indicó la pared que él había escalado la memorable noche de su visita á la amiga de Magdalena.

—Por ahí—dijo.

El bretón ejecutó la orden.

La escala que había servido la primera noche al barón, estaba allí.

La vecina leyó en los ojos de Piriac una súplica tal, que cogió la carta y la leyó con rapidez.

Decía así:

«Estoy perdido, os lo confieso; soy un miserable.

»Sólo vos podéis hacer algo por mí.

»Mi salvación depende de vos.

»Sed generosa y os bendeciré.

»Si accedéis á mi súplica, haced enganchar vuestro cupé. Rogad á vuestra doncella que



monte en él conmigo y dad orden al cochero que nos conduzca á la estación del Norte.

»Será más que la vida lo que os deberé,»

La señora de Chagny estaba sola, completamente sola.

Su marido pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa.

Su tía enferma guardaba cama.

Como el corazón de la mujer es accesible á la piedad.

—Convenido—dijo;— decid al barón que venga dentro de un momento.

Dió sus órdenes.

Pocos minutos después estaban ejecutadas.

Un pequeño cupé de una elegancia extrema, tirado por un caballo de primer orden, esperaba dentro de la cochera del hotel Duprat.

El barón estrechó la mano de su antiguo compañero, muy conmovido, y pasó al jardín de su vecino.

Todo le favorecía.

No habia concluido de anochecer y los faroles no estaban aun encendidos.

El fugitivo montó en el coche, en donde se encontró á la doncella de la señora de Chagny.

La puerta principal se abrió.

Este era el momento decisivo.

Una punzante emocion debió oprimir el pecho del aventurero.

El caballo se dirigió al trote largo hacia el Arco de la Estrella.

Los agentes vieron en la ventanilla una mujer joven, con el rostro medio oculto por el velo, y no sospecharon nada.

No les ocurrió, ni por un momento, que en

aquel cupé iba el criminal cuya vigilancia les estaba encargada.

El coche marchaba con una rapidez vertiginosa.

Cuando llegó á la estación del Norte, el rápido de Burdeos iba á salir.

El baron puso en la mano de la doncella dos billetes de quinientos francos, uno para el cochero y otro para ella, diciéndola:

—Y para vuestra señora agradecimiento eterno.

Pocos minutos después montaba en el tren.

Los agentes que tenían las señas del baron, no le hubieran conocido.

Se habia afeitado el bigote y llevaba unas patillas que le desfiguraban completamente.

A media noche marchaba para Inglaterra, y nadie se ocupaba de él, excepto los agentes apostados delante de su hotel, que se relevaban en aquel servicio, cuyo objeto no comprendían.

Al dia siguiente, á eso de las nueve, recibió el subjefe un parte de la policía inglesa, en que le prevenían:

Primero Que habia debido ser víctima de una de esas bromas de las cuales molesta ser siempre el objeto.

Segundo. Que los señores Sabil y Count, negociantes recomendables, gozaban en Londres de la estimacion general.

Tercero. Que en los registros hechos en su domicilio no se habia encontrado máquina alguna de fabricar billetes de banco, y que su contabilidad, llevada con un orden admirable, no demostraba más que operaciones de cambios y de comisiones lícitas; que por esto no



había lugar á pesquisas ulteriores que no darían, segun todas las probabilidades resultado alguno.

El agente se quedó aterrado.

A cosa de las diez, después de haber dado cuenta de esto al señor Danglas, se trasladó al domicilio de barón Saint-Aubin y rodeado de una fuerza imponente atravesó el dintel.

Nada se le resistió.

Piriac le recibió dignamente.

A las preguntas del agente contestó abriendo todas las puertas.

La jaula estaba vacía.

El pájaro había volado, pero sobre el pupitre de su cuarto había dos cartas cuyos sobres estaban abiertos.

La primera estaba dirigida al juez de instrucción y decía así:

«Caballero.

»Es inconcebible que, por denuncia de una mujer loca por los celos, se me acuse de crímenes inverosímiles y se me haga expiar como á un mal hechor.

»Sin creerme de una inteligencia superior, si yo hubiera tenido la idea de un acto criminal, puedo decir que lo hubiera rodeado de todo el misterio y de todas las precauciones posibles para que la justicia no hubiera podido obtener pruebas.

»Hubiera obrado sin cómplices y sin confidentes.

»No busqueis á mi alrededor.

»Inútil es afirmaros que, niego toda participación en los hechos en que se me quiere mezclar, no sé conque objeto.

»Pero recuerdo que dijo un sabio.

»—Si se me acusase de haber guardado en el bolsillo la Torre de Nuestra Señora, principiaría por ponerme en salvo sin perjuicio de dar explicaciones después.»

»Sigo este prudente consejo, y os desafío á que reunáis contra mí pruebas suficientes para hacerme juzgar por un jurado de gentes honradas.

»Servíos recibir, caballero, la seguridad de mi perfecta consideración.

»BARÓN MÁXIMO DE SAINT-AUBIN.»

No podía ser más irónico.

El subjefo pateó de cólera.

Se la había jugado.

¡Adios la gloria, y sobre todo el ascenso que esperaba por aquel magnífico asunto!

La segunda carta estaba dirigida á Olimpia, y decía:

«Mi querida amiga:

»Tú has podido suponer que yo no te amaba ya.

»De ahí tu cólera, que se ha traducido por un acto de demencia.

»Estoy seguro de que ya lo sientes amargamente.

»Si fueras un hombre, te hubiera levantado la tapa de los sesos por haberme calumniado tan indignamente.

»Mujer, estás sujeta á debilidades que vuestra naturaleza explica y hace excusables.

»Te perdono, en obsequio de unas relaciones que me hacian feliz, y en cualquier parte que esté viviré con la esperanza de volver á verte,



»Adios.

»Siempre tu amigo,

»MÁXIMO.»

El subjefe volvió á su despacho en un estado de desesperacion fácil de comprender.

En el momento en que acababa de sentarse en su sillón de cuero con la cabeza entre las manos, pensando en su fracaso y buscando el medio de no perder su prestigio, un agente entró y acercándose á él le habló un momento.

—Que entren—dijo con tono brusco.

El agente introdujo un hombre y una mujer. Parecian aldeanos en traje de día de fiesta.

El hombre tenía una fisonomía bastante indiferente.

La mujer, por el contrario, era presa de una extrema agitación.

El polizonte les interpeló duramente:

—¿Os llamáis?

El hombre contestó poniendo su sombrero de fieltro sobre el estómago:

—Chavarux, para serviros.

—¿Marido y mujer?

—Sí.

—¿Venís?

—De nuestro país... De la Auvernia.

—Eso se vé. ¿Sois?

—Jardineros al servicio del marqués de Caylus...

—¿Difunto?

—Sí, pero hay todavía uno, el señorito Jorge.

—Estais en el caso de decir: ¡El rey ha muerto, viva el rey!—observó el subjefe.

Y como Chavarux guardase silencio:

—¿Jardineros dónde?—repuso.

—En el castillo de Aubignac.

—¿No fué ahí donde se crió una tal Aurora Milton?

—Sí, señor,—contestó Claudia.

—¡Ya lo creo—dijo Chavarux—una hermosa joven, hija de ricos!... ¡Eso se veía!...

—¿En qué?

—En todo. Yo hubiera puesto las manos en el fuego.

—Por eso fué por lo que vuestro hijo quería casarse con ella.

—¡Ah! ¿vos sabéis?

—Le gustaba el dinero y contaba con que se lo llevaría la señorita.

—Bien seguro—dijo ingenuamente el jardinero—y una buena suma. Si hubiéseis estado en su lugar, hubiérais hecho lo que él.

—¿Y la joven? ¿Ella no quería?

—¿A quién?

—A vuestro hijo.

—Parece que no.

—¿Por qué?

—Los señoritos del castillo andaban alrededor de ella como cornejas alrededor de un campanario.

—¿Todos?

—Creo.

—¿Y entonces ella se marchó?

—Sí.

—¿No sabéis nada de lo que ha pasado después?

—Nada.

—¿No os ha escrito ella?

—Nunca.



—¡Muy ingrata ha sido!

Claudia fué franca.

—Se habían portado muy mal con ella—  
dijo.

—¿Quién?

—Todos, incluso nosotros.

Hubo un momento de silencio.

El polizonte comprendió que no tenía nada que esperar de aquellos dos rústicos.

—En suma, ¿qué queréis?—preguntó con sequedad.

Claudia no pudo contenerse.

—¡Noticias de mi hijo!—exclamó llorando.

El polizonte, distraído un momento por la visita de los Chavarux, había vuelto á ponerse de mal humor.

—Si pudiérais dárme las vos—dijo sin respetar el dolor de la pobre madre,—os lo agradecería.

—¿De modo que no podéis decirnos nada?

—Nada.

—¡Ah! señor—dijo llorando Claudia,—¿ha muerto?

—Es posible.

—Algún miserable le ha matado.

—No digo que no.

—¿Qué pena para nosotros haberle dejado venir á este París!

—Sí—exclamó Chavarux;—pero ese diablo de dinero que le tentaba...

—¡El dinero!

—Se cree siempre, cuando se va á una gran ciudad, que se va á hacer una fortuna.

El jardinero concluyó con tranquilidad y con marcado acento auvernés:

—¡Eso es sabido!

Evidentemente, el marido de la antigua sirviente del señor Pilet Desbuttes no tenía para el hijo de Claudia entrañas de padre.

La madre sollozaba.

El subjefe observaba á los dos.

Sus sentimientos no eran los mismos.

Esto era evidente.

—¡Mi hijo!—repuso Claudia, dirigiéndose al agente en tono de súplica.—¡Decidme la verdad! ¡Está perdido! Han debido atraerle á un lazo... ¡Es horrible esta incertidumbre!

El contestó vagamente:

—¡Tened esperanza!

—¡Oh!

—Mientras no haya parecido.

Claudia meneó la cabeza.

—No—dijo con desaliento.—Estoy preparada á todo.. ¡Hablad, os lo suplico!... ¿Dónde está?

—Lo ignoro.

—Eso es imposible.

—Quando lo sepa os lo diré. Idos.

La principal virtud de Chavarux no era la paciencia.

Salió á la defensa de su mujer.

—¿De modo que no sabéis nada?—dijo plantándose delante del subjefe.

—¡Eh!

—¿Para qué servís entonces?

—Pero...

—He aquí una pobre madre que quiere su hijo, aunque no fuera más que para trasladarlo á su país, en el Puy-du-Dome, y enterrarlo allí, para tener el consuelo de rezar sobre su tumba, y no podeis decirle siquiera qué es lo que han hecho de él..



—¡Si continuais!...

—¡Y bien, qué! Si por casualidad ha muerto, vuestra es la culpa... Estáis aquí para defender las gentes, ¡qué diablo!

—¿Cómo?

—De otro modo, ¿para qué daros un sueldo, y bueno, con seguridad? Cuando uno está bien pagado, es preciso que trabaje para ganar el dinero que le dan. De otro modo lo que hace es robar á las gentes.

El subjefe reventaba de ira.

La bilis le salía por los ojos.

Pero el auvernés no se acobardaba.

El polizante iba á llamar para que echaran de allí á aquel hombre, cuando la puerta se abrió.

Un agente entró con un pliego en la mano.

Aquel pliego era de la comisaría del barrio de Nuestra Señora.

El subjefe lo abrió y una venenosa sonrisa asomó á sus labios.

Tenía su venganza.

—¿Queréis noticias—dijo.—Aun servimos para algo. Aquí están.

Y golpeó el papel que tenía en la mano.

—Solo que debo preveniros—añadió—que no son buenas.

Claudia se estremeció y fijó sus ojos con ansiedad en los del subjefe, como para leer en ellos su sentencia.

El polizante dijo dirigiéndose á ella:

—Vos ténéis razón.

Claudia se precipitó sobre el papel y se apoderó de él.

Apenas hubo fijado en él los ojos, lanzó un

grito, más bien un rugido de leona á quien la quitan sus cachorros.

—¡Le han dejado matar los cobardes.

Cogió á Chavarux del brazo.

—Ven—dijo—vámonos. ¡Estas gentes no sirven para nada!

Cuando estuvieron en la calle, Claudia dió á su marido el papel que habia guardado.

Chavarux leyó lo que sigue:

«Se acaba de retirar del Sena, muy cerca del puente de Nuestra Señora, enganchado en la cadena de un barquichuelo, un cadáver que se ha reconocido, por ciertos papeles encontrados en sus ropas, ser el de Chavarux, desaparecido hace unos días.

»Tiene una herida en la espalda, en la que quedó el cuchillo.

»El asesinato parece haber tenido por móvil el robo, salvo información ulterior.

»Ha sido trasladado á la Morgue hoy á las nueve de la mañana.»

Claudia estaba loca de dolor.

Chavarux trataba de consolarla.

—Pero si ya era de esperar eso...—la decia.

—Tú no le has querido nunca.

—A veces no se carece de razón...

—¡Yo debiera aborrecerte!

—¡Yo no te aborrezco!—dijo Chavarux.—Por el contrario, te quiero más que te crees... Viviremos en paz, ya verás... ¡Y en cuanto á tu pena, pasará!

Aquel mismo dia y á la misma hora entraba Jaime Fugeret en el hotel Saint-Aubin, en donde encontró á su amigo Piriac tendido en una banqueta del vestibulo.

—¡Vamos—le dijo,—sé lo que pasa! Estás



solo como yo... ¡Ven!... ¡No nos separaremos ya!

## XIX

## Lugano.

Es inútil describir la alegría que reinaba en la casa de la avenida de Messina, los cuidados que se prodigaban á la desgraciada joven, la ternura en que se encontraba envuelta, por decirlo así, por aquella madre tan largo tiempo privada de la dicha porque tanto había suspirado.

Inútil es también afirmar que Aurora tenía una herida abierta en el corazón, de curación difícil, sino imposible.

No sabían cómo distraerla de tantos recuerdos penosos.

Sus deseos eran órdenes para su madre y para el conde Brancurt, más que nunca asiduo para con Magdalena, su consejero y su amigo más querido.

El coronel se había apoderado sin esfuerzo del alma de Aurora.

A él era, sobre todo, á quien tomaba por confidente, á quien confiaba sus más secretos pensamientos.

Se mostraba con ella tan cariñoso, tan indulgente, tan verdaderamente tierno y afectuoso, que no se encontraba satisfecha y tranquila más que al lado de él.

Después del esfuerzo de valor que había hecho, había venido la reacción.

De cuando en cuando caía en una especie de

postración moral y lágrimas involuntarias rodaban por sus mejillas.

El excelente doctor Chambry, de paso en París, y otro médico amigo de la casa, consultados en secreto, aconsejaron un viaje, y cuando se le propuso á Aurora, se inclinó al oído del coronel y le dijo.

—Quisiera ver Lugano y la villa en que nací, pero que nos acompañéis vos.

Seis semanas después de los acontecimientos que acabamos de narrar, la villa Milton, silenciosa de ordinario, había recobrado la animación de sus buenos días.

Eran las cuatro de una hermosa tarde de primavera.

El coronel de Brancurt había manifestado el deseo de dar un paseo por los alrededores.

Lo hacía más bien por distraer á los huéspedes de la señorita de Arvil que por él mismo.

Un *break* de alquiler, tirado por cuatro caballos, estaba parado delante de la verja de la villa.

Tres mujeres se presentaron en el perron precedidas del coronel.

Aquellas tres mujeres, eran la señora Chagny, su tía y Elena de Solmes, cuya salud bastante débil aún, comenzaba á fortalecerse.

Estaba vestida de negro, muy pálida, con una expresión de tristeza esparcida en su cara.

—¡Vamos! ¡ánimo!—la dijo cariñosamente el coronel.

—¡Qué bueno sois!—contestó ella.

El coronel la ayudó á subir al *break*, buscando al mismo tiempo con la vista, alguien que le faltaba.